

Crepúsculo o renovación de la sociología: un debate chileno¹

Cecilia Montero Casassus

I.- Sociología y desarrollo

Desde sus orígenes, la sociología ha conocido innumerables debates sobre su especificidad, y los sociólogos mismos se preguntan tanto por la misión de la disciplina como por su vocación. El paradigma clásico de los fundadores está marcado por la necesidad de definir fronteras, un objeto específico, un método positivo, relaciones con el conocimiento y la acción. Estos asuntos han reaparecido en el curso de la sociología en todos los países, bajo la forma de discusiones alrededor de temas clásicos: disciplina académica *versus* actividad profesional, ciencia fundamental o aplicada, ciencia positiva o reflexiva. Por ello nadie se asombra de ver resurgir periódicamente incertidumbres sobre el carácter científico de la disciplina, su capacidad de interpretar el mundo contemporáneo, responder a las preocupaciones de la opinión pública (Giddens, 1976; Horowitz, 1994; Wieviorka, 1996) o, en fin, sobre la debilidad de los límites y de las fronteras entre disciplinas (Touraine, 1984; Giddens, 1987).

El período actual parece haber exacerbado estas dudas, inherentes a una actividad reflexiva y crítica cuya principal calidad reside en la pluralidad de sus enfoques. Las transformaciones globales, debidas a la desaparición de la sociedad industrial, anunciadas desde hace más de veinte años por las ciencias sociales (Touraine, 1969; Toffler, 1970; Bell, 1973; Hyman, 1980; Drucker, 1993), no cesan de amenazar una disciplina cuyo fundamento era la correspondencia entre el concepto de sociedad y la formación geopolítica del Estado-nación. “Se habla y hay signos que indican la erosión

¹ Publicado originalmente como “Crépuscule ou renouveau de la sociologie: un débat chilien” en *Cahiers Internationaux de Sociologie*. Paris Vol.CVIII (2000),p.37-56. La traducción y publicación tienen autorización de la autora.

de la soberanía de los Estados-nación en el momento de la internacionalización de la vida socioeconómica y cultural” (Smart, 1994).

En los países en desarrollo los sociólogos han sabido importar y adaptar la reflexión sociológica europea y norteamericana en un contexto clásico, adoptando el atraso del proceso de industrialización y de la formación del Estado-nación. Traspaso que es reconocido como acertado, principalmente en la producción de una sociología del desarrollo, cuya mayor expresión ha sido la teoría de la dependencia. La sociología latinoamericana se muestra más interesada en la naturaleza y los problemas del desarrollo nacional y regional que en cuestiones de orden teórico y metodológico (Garretón, 1997). En cuanto a los sociólogos, han respondido a una vocación más intelectual que científica. Esta tendencia, característica de los años 60 se afianza desde las dictaduras militares y su función de denuncia se acentúa. Según F. Dubet, el “radicalismo crítico” explicado por algunos sociólogos en situaciones totalitarias de los años 80 les ha valido una grandeza moral indiscutible (Dubet, 1999).

Los tiempos han cambiado mucho, a consecuencia de procesos de democratización, privatización y apertura de las economías al mercado mundial. La posibilidad de desarrollar un pensamiento sociológico crítico capaz de dar cuenta de la diversidad de formaciones sociales parece disolverse en la mundialización. La intensidad de los cambios comerciales, los flujos de comunicación entre países, los movimientos de población y la movilidad del capital financiero internacional han reforzado la hipótesis de la convergencia al mismo tiempo que cuestionan la idea de sociedad. Los sociólogos clásicos (Durkheim, Weber y Marx) partían de una definición territorial de la sociedad moderna: el modelo de la organización política del Estado nacional asocia la formación social con la autoridad ordenadora del poder y de la violencia. Se pregunta si la sociología, ciencia de la sociedad moderna, seguirá el axioma: Estado = nación = sociedad.

Los partidarios de una sociología única se orientan hacia el reconocimiento de las transformaciones globales y “trans-sociales” dando como resultado la idea de que habitamos un mundo único (Archer, 1991). Para refutar la idea del globalismo, U. Beck desarrolla una sociología de la globalización que se encarga de despejar la herencia clásica. Analizando los resultados de una serie de investigaciones muy diversas sobre las migraciones, la ciudad, la política internacional, etc. ve emerger conceptos alternativos tales como: espacio social transnacional, espacio transfronterizo, sociedad de riesgo mundial, sociedad civil transnacional. En todos estos espacios, ve actores sociales que buscan, producen y mantienen nuevos espacios de acción (Beck, 1998).

Por su parte, A. Touraine (1999) sostiene que la salida del liberalismo es posible si se atreve a rechazar la todopoderosa economía mundial así como el voluntarismo

republicano. La mundialización de la economía no disuelve la capacidad de acción política, porque una acción social es siempre posible. Ni intelectuales críticos ni intelectuales orgánicos, los sociólogos podrían encontrar en la identificación y observación de nuevos actores una renovación de su misión.

¿Misión imposible? El debate abierto en Chile al término del período autoritario muestra hasta qué punto la práctica sociológica puede caer en la trampa entre los efectos crecientes de la mundialización y de la normalización democrática. En efecto, la debilidad de la sociología chilena está más ligada a la ideología de la globalización que a la decadencia del Estado-nación según las tesis “finalistas”. El neoliberalismo impone la idea de empresa de mercado mundial sobre los controles políticos, y el fin de la autonomía de la política en relación con la economía. Los sociólogos chilenos se trenzan en una polémica sobre la posibilidad misma de hacer sociología en una sociedad donde los intelectuales, en otra época portadores de la crítica, hoy se han pasado al lado del poder político, mientras que otros se quedaron en los recintos universitarios sin posibilidad de proponer alternativas al neoliberalismo o, al menos, de identificar nuevos espacios de acción social.

II.- El contexto político de un debate académico.

Que intelectuales chilenos se comprometan en una polémica cuyo sentido no es (a primera vista) ni político ni ideológico es, en sí, una novedad. En un país en donde la *intelligentsia* ha estado comprometida políticamente, sorprende asistir a un debate sobre un tema académico como la crisis de la sociología. Los participantes son, de un lado, los sociólogos del establecimiento, los hombres en el poder; y, de otro, los sociólogos críticos que quedan en el medio universitario o que han retornado después del período de transición a la democracia².

“Lanzar el pato al agua” ha sido provocado por un sociólogo de renombre, José J. Brünner, en la época ministro en el gobierno Frei, en la celebración del 40. aniversario de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, de la que fue director. Su intervención ha versado sobre el crepúsculo de la sociología y el inicio de otros relatos (Brünner, 1997), tesis pronto desechada por los sociólogos críticos que, desde la Universidad, creen en una renovación posible cuya misión sería precisamente hacer la crítica al neoliberalismo. Algunos meses más tarde, una nueva polémica estalla con los mismos protagonistas, que esta vez se enfrentan a propósito de la modernidad³. Brunner representa el individualismo optimista y califica a los sociólogos críticos de “progresistas melancólicos”.

² Una parte de ellos son los *retornados* provenientes de Francia y de Alemania. El debate al que hacemos referencia ha tenido lugar entre 1997 y 1998.

³ Cf. los artículos de T. MOULIAN, J.J. BRUNNER, y G. SALAZAR, publicados en *Rocinante*, No.1 y 2, 1998.

Él invita a situar el debate en la escena política y profesional chilena. Durante la dictadura, los sociólogos chilenos han sido prácticamente excluidos de las universidades por el poder militar. Pero pronto han recreado nuevamente espacios de reflexión en los centros de investigación alternativos y en las ONG. Después de una primera oleada de trabajos que critican el rol ideológico desempeñado por las ciencias sociales antes del golpe de Estado, han tenido un rol primordial en la denuncia de los abusos del régimen. Ya sea produciendo datos estadísticos paralelos a los del Gobierno, haciendo encuestas más o menos clandestinas o revelando transformaciones sociales en los políticos neoliberales, han forjado una alianza poderosa entre intelectuales y dirigentes políticos capaces de orientar la oposición a Pinochet.

Como consecuencia de la llegada de la democracia en 1990, el *status* de las ciencias sociales presentó importantes cambios. La sociología es nuevamente un programa en las universidades, algunos docentes son reincorporados, pero las estructuras académicas permanecen intactas. Algunos sociólogos que habían ganado cierto reconocimiento en las campañas anti-dictadura son llamados a hacer parte del gobierno. Es el caso de Eugenio Tironi, encargado de la Comunicación en el Gobierno de Aylwin (1990-1994) y, más tarde, de José J. Brünner, ministro secretario de Estado en el gobierno Frei (1994-1999). Dos nombramientos y dos personalidades que rápidamente suscitan controversia en la comunidad sociológica. Las críticas de sociólogos por fuera del gobierno se fundamentan sobre todo en la naturaleza de la democracia y el desenlace de la transición. Descontentos por el ritmo y la amplitud del desmantelamiento de instituciones autoritarias, de intelectuales como Manuel A. Garretón y Tomás Moulián han denunciado los límites de una democracia restringida y el costo social de un modelo económico que no produce cambios.

En los años 90, los críticos se levantan contra la gestión del Gobierno, incapaz de resolver los problemas sociales. En efecto, después de ocho años en el poder, la coalición de centro-izquierda ve desarrollarse un malestar social ligado a un crecimiento económico rápido, es cierto, pero desigual. Situación ambivalente frente a la cual los intelectuales en otra época se dividieron. Para Garretón (1997), los intelectuales que llegaron al poder han jugado la carta de la modernización mientras que la democratización política (y cultural) no ha concluido.

Hay que decir también que en Chile la práctica de la sociología está dominada por un conflicto de vocaciones diversas que dividen la comunidad. Son los sociólogos que actúan como expertos o asesores políticos, los universitarios que quedaron por fuera del poder y que tuvieron los medios financieros necesarios a su alcance, y en fin una nueva generación de sociólogos profesionales que llega a la puesta en marcha y a la evaluación de políticas sociales. Entre ellos, el abismo crece: los universitarios juegan a menudo el rol

del intelectual amigo y portavoz del pueblo, mientras que los expertos son reconocidos como amigos del poder y del orden (Dubet, 1999).

En este contexto estalla la polémica, esta vez por el lugar y el futuro de la sociología como disciplina. Un sociólogo en otro tiempo ministro dirige la pluma, en esta ocasión, y declara que la sociología no es más capaz de explicar la realidad social. El discurso deja estupefactos a los universitarios que luchan por el mantenimiento de los departamentos de sociología. Varios enfoques son posibles frente a este debate. Una primera lectura sería la de ver allí la expresión de un proceso de movilidad social desigual que ha impulsado a algunos de sus actores al sistema de decisiones, mientras que otros han quedado para reproducir el sistema universitario, amenazado por la lógica todopoderosa del mercado. La nueva distancia social se explicaría como una oposición ideológica entre los sociólogos “contaminados” por el poder (los “consejeros del príncipe”) y los sociólogos “puros”, que quedaron en las universidades. Un pequeño número de sociólogos que habían estado al frente de la escena durante los años de la dictadura han hecho una carrera política rápida, han adoptado la lógica del mercado y han pasado al lado de la élite dirigente⁴. Al mismo tiempo, la investigación universitaria en ciencias sociales no ha contado con los medios para desarrollarse y avanzar en la interpretación del proceso de cambio social, con avances y contradicciones, principalmente en términos de desigualdades sociales.

Un segundo enfoque de esta polémica se interesa por la recomposición de la profesión misma. Las trayectorias profesionales de unos y de otros no son sino el reflejo de la historia de una disciplina, aun joven cuya identidad social ha sufrido el choque de los trastornos políticos. Es evidente que la polémica actual se remonta a los años 60, período de expansión de las ciencias sociales en los medios universitarios, del liderazgo de los sociólogos -principalmente en el movimiento estudiantil- y de su participación, por la vía de los partidos políticos, a las reformas sociales dirigidas por el Estado. En esta época, las tres vocaciones del sociólogo estaban aun abiertas: el campo científico, el rol del intelectual crítico y, en fin, la profesionalización a través de una sociología aplicada. Vino luego la travesía del desierto, 17 años de represión durante los cuales la sociología no ha tenido derecho de ciudadanía en las universidades, mientras que los sociólogos estaban prisioneros, exilados o simplemente involucrados en otros oficios. Es también el inicio del imperialismo del pensamiento económico. El regreso a la democracia permite la reaparición de la sociología en la escena pública, el acceso de algunos sociólogos a cargos de primer nivel en el Gobierno post-autoritario fue una verdadera promoción

⁴ TIRONI y BRUNNER, ya citados, y ENRIQUE CORREA, entonces ministro de la presidencia de Aylwin.

social. Pero el nuevo poder perpetúa un modelo tecnocrático de toma de decisiones que descarta cualquier crítica. Al mismo tiempo la modernización acelerada del país y las contradicciones culturales de un capitalismo tardío van a estimular una demanda de análisis social que los sociólogos comienzan apenas a satisfacer. Un repaso a la historia de la profesión en Chile se hace necesario.

La Sociología de ayer y de hoy

Las cosas han cambiado mucho desde la época en la cual las facultades de Sociología de las dos grandes universidades chilenas (Universidad de Chile y Universidad Católica) eran verdaderos viveros de intelectuales de izquierda. La sociología, como disciplina académica, arrancó a fines de los años 50 con una Licenciatura que se obtenía en cinco años y una preferencia por *currícula* en donde teoría y metodología ocupaban un lugar importante⁵. Formados en el funcionalismo y en el estructuralismo marxista, los primeros sociólogos chilenos han optado pronto por la crítica social, característica de la época: rechazo de la dominación norteamericana, análisis del subdesarrollo, apoyo a proyectos reformistas de partidos políticos de centro-izquierda, reforma universitaria y compromiso con actores populares (sindicatos, campesinos, organizaciones populares). Es en el movimiento estudiantil de los años 60 en donde se formaron los mejores sociólogos chilenos, y en algunos casos, los sociólogos actualmente en el poder⁶.

El debate académico estaba impregnado de confrontaciones ideológicas que marcaron las luchas políticas del decenio (marxismo revolucionario *versus* reformismo socialdemócrata) pero ello no implicó una producción intelectual muy fértil. La marginalidad urbana, el sistema social vigente en el campo, el movimiento sindical, el sistema político fueron los temas movilizadores de la primera generación de sociólogos.

Después del golpe de Estado, y seguido del primer cierre de las facultades de sociología, se hubiera podido temer que los sociólogos guardaran silencio. Sin embargo, la desarticulación inicial de las estructuras y de los centros académicos no duró sino algunos años⁷. Más intelectuales que investigadores, los sociólogos formados en los años 60 sabrán abrir nuevamente espacios de acción a pesar de los esfuerzos de la dictadura para despojarlos de la Universidad. En primer lugar,

⁵ En 1946, fue creado en la Universidad de Chile el Instituto de Investigaciones Sociológicas, pero la actividad científica se desarrolló allí sino a fines de los años 50 bajo la dirección de E. HAMUY; la FLACSO fue creada en 1957 gracias al apoyo de la UNESCO; en 1958, la Universidad Católica abrió una escuela de sociología bajo la dirección del jesuita belga R. VEKEMANS (BRUNNER, 1988).

⁶ Entre los primeros, se puede citar los nombres de C. ORREGO, R. AMBROSIO, E. FALETTO, M. A. GARRETÓN, T. MOULIÁN, R. ECHEVARRÍA, P. MORONDÉ, y entre los segundos, los nombres de E. TORINI, E. CORREA, J. J. BRUNNER, G. CORREA, G. CAMPERO, C. COX, E. ORTEGA, A. MUÑOZ, entre otros.

⁷ Para un análisis detallado de este período, cf. Garretón (1994, cp.11).

estuvieron los centros académicos ya existentes (FLACSO, CIEPLAN), después en las numerosas ONG que verán la luz bajo la dirección de sociólogos y gracias al apoyo de fundaciones internacionales⁸. A lo largo de 17 años de régimen militar, las ONG se convierten en verdaderos centros alternativos de investigación. Cuidadosos de revelar el costo social de las políticas económicas neo-liberales, los investigadores van a llevar un registro detallado de las pérdidas en el campo, en los barrios marginales, en las escuelas, en las fábricas. La investigación se emprende en colaboración con los actores sociales, para ampliar el espacio de reflexión y de acción que la dictadura se esforzaba en reducir.

Un hecho paradójico es la fuerza ligada al trabajo cuasi-clandestino que muestra su debilidad cuando la actividad política se normalizó. Contrariamente a los intentos, el regreso a la democracia no restablece espacios de acción que los sociólogos habían conocido desde los años 60. La democratización de las grandes universidades se limitó, en un primer momento, a la elección del rector y a una apertura discreta hacia los profesores sacados durante la dictadura. El régimen financiero de autofinanciamiento universitario fue mantenido en todas las universidades del país, públicas y privadas, por medio de derechos de inscripción elevados, que no mejoraron, por tanto, el ingreso de los profesores. Más grave aún, la actividad de investigación fue amenazada bajo el doble efecto del presupuesto público reducido (FONDECYT) y de la suspensión de la ayuda que las fundaciones internacionales aportaban a las ONG. Estas últimas se mantuvieron durante algunos años pero terminaron por cerrar o cambiar de estatuto para convertirse en centros de estudios⁹.

La sociología no ha desaparecido; lejos de eso. Varias universidades han reintroducido la sociología como carrera profesional y el número de estudiantes en el programa ha aumentado. Sin embargo, este movimiento no ha sido seguido de un esfuerzo equivalente, en términos de financiamiento, para la investigación. Ningún centro de investigación está en capacidad de adelantar investigaciones sobre los efectos estructurales de la modernización económica, la movilidad social y el acceso al consumo de masas. Además se desarrollan estudios sectoriales, y encuestas con algunas categorías sociales (jóvenes, pequeños empresarios, mujeres que trabajan a domicilio, etc.). Pero los estudios de caso no tienen la envergadura teórica o metodológica que les permitiría dar cuenta de las nuevas prácticas sociales¹⁰. La actividad de los sociólogos participantes en la evaluación y la elaboración de políticas públicas y programas sociales es, al contrario, mucho más importante.

⁸ Centros abiertos en esta época: SUR, PET, ILET, CIDE, PIIIE.

⁹ ILET y CIEPLAN cierran, FLACSO reduce considerablemente el número de investigadores.

¹⁰ Este fue el caso de la investigación "Huachipato y Lota", bajo la dirección de A. TOURAINE, J.D. REYNAUD y T. DI TELLA.

Como repercusión inmediata de esta situación, el número de publicaciones especializadas disminuye. Las obras mayores escritas por sociólogos no pasa de la decena, mientras que durante el régimen militar, ellas abundaban. La mayor parte de ellas abordaban la transición económica y política a partir de una relectura del pasado reciente (Cousiño y Valenzuela, 1994; Moulián, 1997; Montero, 1997; Díaz y Martínez, 1996; Garretón, 1998).

La trayectoria social de los miembros de la generación de sociólogos de los años 60 es iluminadora porque, en poco tiempo su situación social va a tener un cambio radical: de una actividad cuasi-clandestina pasan a la escena pública. Entre ellos, en un primer grupo, compuesto por militantes de los partidos políticos y actores del movimiento de democratización, algunos llegan a ser ministros, secretarios de Estado, jefes de servicio, directores de programas públicos, etc. Otros deciden hacer carrera en el Parlamento. En fin, un tercer grupo, valoriza la experiencia adquirida en la gestión de proyectos alternativos y se lanzan a la creación de centros de estudios privados dedicados en gran parte a realizar sondeos de opinión.

Los otros sociólogos se distribuyen entre su actividad académica en la Universidad y su rol de consultoría en organismos internacionales [CEPAL, UNESCO, BIT (sic)]. Entre los sociólogos universitarios, es fácil identificar un bastión neo-conservador (Universidad Católica) cuyo programa de formación de los jóvenes sociólogos es exigente y de un alto nivel teórico, y por otro lado, un grupo de sociólogos contestatarios que pertenecen a algunas universidades privadas¹¹.

En cuanto a los jóvenes, formados en los años de la post-dictadura y no habiendo conocido sino la economía de mercado, dos caminos les están abiertos: el trabajo profesional en las instituciones públicas (programas sociales, municipalidades) y la práctica de consultoría en las empresas y centros de estudios privados.

El anuncio del crepúsculo de la sociología

La tesis “finalista” ha sido lanzada por José Joaquín Brünner, sociólogo formado durante los años de exilio en la Universidad de Sussex, ex-director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, autor de numerosos ensayos académicos y políticos. En la época de ministro secretario de Estado en el Gobierno Frei, ocupaba la posición ideal para alguien que provenía de las ciencias sociales: era, al mismo tiempo, portavoz del gobierno frente a la opinión pública y encargado de seguir la evolución de la vida social y política. Prototipo del intelectual orgánico de los años de la dictadura, después del retorno a la democracia, hizo una carrera política en el seno del Partido por la Democracia (PPD); había

¹¹ Se pueden citar, en esta categoría, las facultades de sociología de: Universidad de Concepción, Academia de Humanismo Cristiano, Universidad Arcis.

ejercido primero altas funciones: miembro del Consejo nacional de Televisión, responsable del Comité nacional de Modernización de la Educación y encargado de orientar la misión de la Educación superior.

Invitado a celebrar el 40o. aniversario de la fundación de la Facultad latinoamericana de Ciencias Sociales, el ministro ha preparado un discurso titulado “El crepúsculo de la sociología y el inicio de otros relatos”. La ocasión se prestaba para una mirada amplia. La aprovechó y afirmó que la sociología no había sabido despejar los elementos discursivos propios de la epopeya (mirada al pasado, sacralización de los orígenes y disociación con el hecho contemporáneo), razones por las que dada menos cuenta de la actualidad que la novela, su “eterno competidor”. Dura frase pronunciada por quien ha conocido todas las vertientes de la práctica de la disciplina: enseñanza, investigación, director de un centro de investigación, y en fin, alto funcionario del Estado.

Retomemos su análisis: la sociología clásica, verdadera epopeya de la modernidad, se remonta siempre a las rupturas fundadoras a partir de las cuales ella ensaya a hacer inteligibles los procesos sociales: es el paso de la comunidad a la sociedad en Toënnies, de la solidaridad moral a la solidaridad orgánica en Durkheim, etc. Pero, a diferencia de la vieja época que se apoyaba sobre un orden cristalizado en la memoria colectiva bajo la forma de leyendas sagradas, la sociología no puede hablar a nombre de un orden. Su objeto es más que todo profano: es el movimiento y las contradicciones de la transición hacia la modernidad. La sociología ha convertido a las sociedades en actores épicos de la modernidad.

La crítica de Brünner parte de la forma discursiva adoptada por la sociología :

...ni los grandes sistemas y estructuras grandiosas tales como el marxismo, el funcionalismo y la teoría de sistemas ni la forma episódica y minimalista poblada de antihéroes y de gestas minúsculas son adecuadas para hablar del mundo contemporáneo. En la constatación de lo que llama «una distancia épica absoluta» ubica la sociología que habla del despliegue de las fuerzas productivas, lucha de clases, fin del sujeto, masificación, privatización, fragmentación y globalización, que Brunner controvierte en lenguaje que habla de «los hombres muertos y de los actores del pasado» (el Estado, los partidos, las clases sociales, los sindicatos, la revolución).

Explica también su rechazo categórico a la mirada de la etnometodología, de la sociología de la vida cotidiana, de la microfísica del poder, de la fenomenología de los actos, en tanto esfuerzos para describir un universo microscópico en donde todo son gestos, roles, comunicaciones teatrales, transacciones fugaces, representaciones de un yo separado de toda epopeya y memoria. Esta sociología, dice, está más cerca de Samuel Beckett, o del «grado cero de la escritura», que de un gran novelista histórico del siglo XIX.

El presupuesto es riguroso. La sociología nunca ha sabido conciliar los poetas de la epopeya y de la novela. La sociología sinfónica, cercana a la historia y al desarrollo de la modernidad, se encuentra detrás de estos actores muertos y no puede sino repetirse como los afiches vendidos a la salida de los museos. La otra, más flexible, que juega a la postmodernidad en los microespacios de la acción social, aparece fastidiosa y pedante. Tenemos entonces, propone Brunner, géneros más familiares como la novela, el periodismo, el cine y la televisión, que pueden hablarnos mejor de los hombres vivos: los enfermos del SIDA, los soldados, los ídolos de la canción, los nuevos pobres, los jugadores de fútbol, etc.

Frente a la fuerza de estos otros relatos, la sociología ha guardado silencio. “Ni las grandes categorías sistémicas, ni los pequeños conceptos de interpretación de la cotidianidad pueden enfrentar el doble asalto de la Banca mundial y de la novela contemporánea”. La ruptura es definitiva porque “la herencia épica de la sociología crea una barrera epistemológica insuperable para comprender la contemporaneidad”. La palabra que se refiere a un hombre muerto es diferente, desde el punto de vista del estilo, de la palabra que se refiere a un hombre vivo. De ahí la frase de Brunner, “los conceptos sociológicos merecen la mirada complaciente del anticuario”.

¿El discurso del antiguo ministro es compartido por otros sociólogos? Se lo puede pensar, principalmente de aquellos cuya trayectoria de movilidad social es similar. Después de haber dejado el poder, no han incursionado en el escenario universitario, sino que han optado por una actividad privada, sin abandonar su tribuna en los medios¹². Pero ninguno de ellos ha tomado públicamente la palabra sobre este asunto.

Un joven sociólogo-filósofo Max Colodro retoma el argumento de Brunner. Admite que el discurso sociológico ha perdido su fuerza explicativa, que sus conceptos no estimulan ya la acción colectiva y que sus metodologías ya no son apropiadas para el conocimiento de lo social. Pero va más lejos y afirma que lo que hay en el fondo es la pretensión de agarrar lo real, la presunción de distancia en la descripción del objeto. Instrumento de acción de transformación histórica en la búsqueda de un porvenir mejor, la sociología se ocupa del agua al mismo tiempo que de la idea de Progreso. En lo sucesivo, el presente ocupa toda la escena y se convierte en la dimensión desde donde el futuro puede ser modificado. En este contexto, el orden llega a ser una bella ilusión, y hay que adoptar el caos. La viabilidad de un discurso sobre lo social depende del abandono de formalismos y descansa en la capacidad de jugar con las palabras, como lo hará Baudrillard (Colodro, 1997).

Los defensores de la renovación sociológica

La respuesta más enérgica a la tesis del crepúsculo de la sociología viene de un grupo de militantes de izquierda llegados del exilio al Departamento de Sociología

¹² Se piensa principalmente en E. TORINI y en E. CORREA.

de la Universidad de Concepción¹³. Editores de la revista *Sociedad Hoy*, ven grave que un ministro del Gobierno democrático que, entre otras cosas, no ha hecho nada por restablecer el status universitario de la sociología¹⁴, se permita enterrarla oficialmente. La post-dictadura se prestaba para una renovación del pensamiento marxista, como fue el caso, por ejemplo, en Grecia (Kokosalakis, 1998). Y Concepción era la ciudad ideal, antiguo feudo de intelectuales de la guerrilla (MIR). Pero los años pasados en Europa desde 1989 han dejado sus huellas y han contrarrestado el renacimiento de los grandes relatos marxistas de otras épocas.

Fernando Robles, sociólogo residente en Alemania, formado con Ulrich Beck y editor de una obra sobre etnometodología, será el gran defensor de la disciplina. Visiblemente contrariado por los «finalismos» de todo origen, ve en la propuesta de Brunner una posición anticonceptual a la manera de Nietzsche y una falta de rigor respecto de los múltiples paradigmas presentes en la historia de una ciencia social abierta y pluralista¹⁵.

Apoyándose en Adorno y en Heidegger, rechaza la oposición entre conceptualización y percepción estética de la realidad, entre metáfora (mimética) y conceptos: es por la distancia y la reflexión crítica que es posible defender la mirada estética, dice. Rechazando una relación estrecha con la epopeya, afirma que el esfuerzo de la sociología después de Weber consiste precisamente en ir más allá de la narración épica y de la cotidianidad romancesca, y de considerarlos como productos históricos y culturales. La epopeya del Estado moderno se convierte en material de trabajo de la sociología más que su producto final. Desmontar las reglas de organización de la experiencia más allá de una dramaturgia de las apariencias, es justamente la originalidad de la obra de Goffman.

A propósito del vigor de la disciplina, Robles menciona los desarrollos recientes en el análisis de los efectos colaboradores de la modernidad, este aspecto clandestino del voluntarismo moderno, y más generalmente de las consecuencias debidas al hecho de que la naturaleza no es ya independiente de la actividad humana (expansión de riesgos, incertidumbres fabricadas, etc.). El argumento que consiste en «estetizar» lo social representa una capitulación frente a los efectos secundarios, verdadera fuente de beneficios sobre el capital, la política y... la ciencia. Detrás de una ingenuidad aparente que busca refugio en la novela, vendrá una negación de la responsabilidad social.

¹³ En otra época en el partido MAPU, militan actualmente en el PS. La región de Concepción ha sido la cuna de la extrema izquierda (MIR) y continúa acogiendo a los grupos contestatarios.

¹⁴ La sociología no figura en la lista de las disciplinas propiamente universitarias y puede, por esta razón, ser ofrecida por otros establecimientos.

¹⁵ Nos referimos a los textos del autor, "¿Agonía o renacimiento de la Sociología?", *Sociedad Hoy*, Vol.1, No.1, 1997, y a «La estetización de lo social y la vigencia de la sociología» comunicación presentada en la Sociedad Chilena de Sociología, en Noviembre de 1997.

Finalmente, menciona, para mostrar la vitalidad de la sociología, los trabajos teóricos de N. Luhmann, U. Beck, Z. Bauman, en Alemania, y la influencia de A. Giddens en la renovación de la izquierda británica. Para Robles, estos autores nos ayudan a responder a la pregunta sobre las formas sociales emergentes, que renacen de las ruinas de la sociedad industrial, tal como es descrita por los clásicos Weber y Marx.

Contra el “finalismo” neo-liberal

Detrás de este debate, aparentemente académico, se disimula una discusión política, aparecida recientemente, sobre el modelo de desarrollo chileno y el rol que los partidos y los intelectuales de izquierda han jugado.

Tomás Moulián, sociólogo perteneciente por más de veinte años al grupo de la FLACSO, fino analista del sistema político instaurado por los militares, es quien “lanza el pato al agua”. Denuncia el falso “consenso” pregonado por la alianza en el poder y critica fuertemente la democracia negociada con Pinochet (Moulián, 1997). Propone descriptar el mito sobre el cual está fundamentada la alianza política actualmente en el poder, pinta un sombrío cuadro de los límites en el funcionamiento de las instituciones democráticas (Constitución política, miembros designados al Parlamento) que los actores políticos mismos han aceptado a fines de los años 80.

Según Moulián, primero viene la confrontación, luego el consenso. El matrimonio entre el neoliberalismo y la neodemocracia no ha sido posible sino gracias a borrar el pasado, un pasado abominable, insoportable. En Chile, el olvido ha sido una empresa socialmente determinada: un silencio planificado, acordado, ofrecido como sacrificio para contener las rabias de Pinochet.

Los enemigos principales identificados por Moulián son personalidades como Brunner: «Los convertidos que hoy en día hacen carrera en las pistas del sistema y para quienes el olvido representa el síntoma oscuro del remordimiento, de esta vida negada que se empeña en vivir una vida nueva»¹⁶. Pero, cosa curiosa, tiene un punto en común con Brunner, rechaza el lenguaje que pretende hablar «objetivamente de los hechos sociales» a favor de la metáfora. En su prefacio a su libro Chile actual: anatomía de un mito, pretende evitar el dilema en el cual las ciencias sociales son confrontadas: por una parte, el discurso canónico, lleno de cuadros teóricos pueriles, de hipótesis débiles y salpicada de notas eruditas en pie de página; por otra parte, el ensayo, redescubierto por numerosos teóricos, tan hermético como estéril. Para escribir su libro, adopta un estilo deliberadamente híbrido y confuso, hecho de conceptos, cifras, notas bibliográficas, relatos y, sobre todo, metáforas. Loable intención que obliga a adoptar un estilo más penetrante y

¹⁶ MOULIÁN, (1997), op.cit., p.32.

periodístico, pero en donde el uso de adjetivos no resulte poético, sino sobre todo ofensivo. Si la obra se ha convertido en un best-seller, es porque se resistía a la protección para ocultar las ambivalencias de la gestión de un gobierno de centro-izquierda, que ha adoptado, sin mayores modificaciones, la economía neo-liberal, y es incapaz de llevar a cabo el proceso de democratización.

El debate iniciado por Moulián reaparece cuando se trata de defender la sociología. Un historiador del movimiento social, Gabriel Salazar, retoma la propuesta de Brunner palabra por palabra y le opone la capitulación frente al poder. El parricidio, dice Salazar, ante la imposibilidad de reivindicar un pasado abominable, decide ocultarlo, y al mismo tiempo, cierra el futuro. Admitamos que todo poder exige la articulación de un relato épico que ligue el pasado con la dominación presente, pero ¿qué hacer cuando la “ruptura de los orígenes” carece de grandeza ética? El poder manipula a sus intelectuales como a peones, para construir un epos (relato) del pasado, un *epos* (relato) del futuro, y, en caso de necesidad, un epos (relato) de la volatilización de todo. En este movimiento es muy posible que “algunos de ellos terminen por adorar lo que ayer, ellos defendían, y por defender lo que adoraban”.

Tentación prohibida a las ciencias sociales la de capitular delante de las piruetas del poder. Ellas se ven forzadas a hacer parte de la historicidad y, con este título, ellas responden a las necesidades cognitivas de la *praxis* social. En el Chile actual, Robles y Salazar enumeran estas necesidades: pobreza, trabajo escaso, droga, delincuencia, bajos salarios, ausencia de identidades colectivas, juventud sin porvenir, vida política sin socialización, etc.

Cambios sociales y rupturas culturales

Después de estos ataques contra la tesis “finalista” asociada al neoliberalismo, se quisieran ver interpretaciones nuevas de la nueva sociedad chilena porque los fundamentos del tejido social han sido redefinidos por la todopoderosa lógica del mercado. ¿Qué queda de las relaciones comunitarias, de las solidaridades, frente a las inclemencias propias de los medios populares? ¿Cómo se presentan hoy las oposiciones sociales? ¿Qué queda de las viejas luchas de clase? ¿Cómo empleadores y asalariados llegan a trabajar juntos? En fin, ¿cuál es la historia recuperada por la cultura de los jóvenes nacidos en períodos de fuerte crecimiento económico? ¿Cuál es el tipo de vida social que es posible vivir en una sociedad de tan corta memoria?

Un inicio de respuesta a estos interrogantes se inicia, no por parte de los defensores de la renovación sociológica, sino por un círculo privado de sociólogos por una parte, y por un grupo de investigadores convocados por el PNUD, de otra...

Preguntándose por los cambios en la estructura de clases originadas en las reformas económicas y políticas de los años 80, León y Martínez (1998) emprenden

un estudio comparativo de resultados de encuestas sobre el empleo desde 1971. Sobre la base de un reagrupamiento de categorías socio-profesionales y de actores históricos, afirman que durante los años 80, se han visto debilitarse los actores históricos al mismo tiempo que aumentaba la exclusión social. Pero el período de crecimiento que ha seguido ha cambiado las cosas hasta el punto que se puede hablar de un proceso de movilidad social con modificaciones en la composición de clases, pero con reproducción en la distribución de ingresos. La comprobación más grande corresponde a la caída de la clase obrera, una relativa estabilidad de las capas marginales y el crecimiento de las capas medias asalariadas, que pasan del 18% en 1971 al 27% en 1995. Crecimiento que es producido principalmente en el sector privado donde predominan las condiciones de empleo flexibles y una escala discontinua de salarios. Según estos autores, las condiciones de empleo en el sector privado refuerzan la individualización, debilitan la acción colectiva y provocan una legitimidad del modo de vida típico de las clases medias¹⁷ (León y Martínez, 1998).

Para el PNUD, se trataba de “estudiar los cambios registrados en estos últimos años en la vida cotidiana y en la sociabilidad de las personas, sus lazos familiares y comunitarios, sus valores y su identidad” (PNUD, 1998). Temas que ellos analizan bajo el ángulo de la seguridad humana definido como seguridad a la vez objetiva (las redes y lazos de protección) y subjetiva (el estado psicológico y la disposición a la acción que resultan de la percepción que poseen los individuos de sus redes). Partiendo de un enfoque de tipo touraineano, sitúan la seguridad en el centro de la tensión entre modernización y subjetivación, por un lado, entre diferenciación e integración, por el otro.

¿Cómo viven los chilenos el crecimiento económico? La respuesta puede ser más dura que las críticas de Moulián: mal. El malestar social está ahí y adopta la forma de un fuerte sentimiento de inseguridad. Inseguridad frente al empleo, desconfianza a la mirada del Otro, temor frente a la exclusión social y a la pérdida de sentido. ¿Cómo explicar estos sentimientos mientras que la modernización muestra una ampliación de las oportunidades? Los resultados del estudio hablan de un debilitamiento del tejido social y de una retracción de la sociabilidad. Se trata de un malestar difuso que no se explica por acciones colectivas cuyos efectos en los períodos de crisis pueden minar el orden social (PNUD, op.cit.,p.24).

Esta breve percepción de los problemas sociales de Chile permite situar mejor el debate que nos preocupa. El último plano de la polémica parece encontrarse en otro debate, el de las responsabilidades de la coalición de centro-izquierda, del cual hace parte la gran mayoría de los sociólogos chilenos, de cara a una sociedad atravesada por los efectos de una modernización económica sin participación social.

¹⁷ En 25 años las capas medias han pasado de 550.000 a 1 400 000 individuos, y el número de obreros ha pasado de 760 000 a 700 000 (LEÓN y MARTÍNEZ, op.cit. p.295).

Ni crisis ni crepúsculo: una oportunidad histórica

El debate abierto en Chile ilustra los embates de una disciplina que conoce el doble impacto de una crisis de identidad: el tipo de lenguaje que se debe utilizar y las relaciones ambiguas de los sociólogos con el poder. Polémica antigua, pero que es útil para hostigar y formular en el contexto de los países en desarrollo donde los sociólogos, que ellos lo vean o no, están cerca del poder.

Desde Max Weber, las vocaciones abiertas a la profesión de sociólogo son las de la ciencia y de la política. Según Wieviorka, aunque esta ruptura no sea totalmente insuperable, dos tipos de fractura son posibles. Por una parte, “cuando las ciencias sociales presentan dificultades para renovar sus categorías para pensar el presente y reflexionar sobre el porvenir, el rol de la experticia como la de solicitudes que transforman al sociólogo en periodista pueden constituir una tentación que va en sentido inverso a lo que implica un paso que descansa en el principio de la distancia crítica” (Wieviorka, 1996,p.330). Por otra parte, la mundialización puede reforzar la distancia y crear tensiones entre lo que él ha llamado las “élites” (los que permanecen confinados a tareas de enseñanza o de administración fatigados por el peso de la restricción presupuestal).

Parecería que en Chile el peligro percibido por Weber se convierte en una realidad, porque es menos la inserción en las redes mundiales que las separa que el acceso directo a las instancias de poder. Las tres vocaciones del sociólogo -política, intelectual o profesional- no tienen la misma legitimidad social. Vemos una élite en disposición sea de tomar decisiones de alto nivel, sea de actuar como “consejero del príncipe”. El atractivo de la política refuerza el deseo de formar parte del círculo del poder y de la decisión en donde el sociólogo puede tener la impresión de actuar. En cuanto al rol del intelectual, una característica de la sociología en Chile, se presenta bajo la doble influencia de un clima conservador, de autocomplacencia y de intolerancia a la ambigüedad, por una parte, y de un cierto vacío conceptual que poco a poco es ocupado por otras disciplinas, por el otro. Para el resto, se trata de quienes practican una sociología profesional cuyas oportunidades de empleo están muy diversificadas: presupuestos sociales y organizacionales, dirección y evaluación de proyectos, especializaciones en comunicación, sondeos, encuestas de opinión, estudios con métodos cuantitativos y cualitativos, planificación, desarrollo local y participación en la evaluación de políticas públicas (Garretón, 1997,1998). Pero también hay que decir que en este nivel, la sociología aplicada ha debido defenderse en pie de igualdad con las nuevas tecnologías de lo social, utilizadas por especialistas en comunicación, consultores en administración, expertos en recursos humanos, psicólogos organizacionales, etc. Mientras que la

investigación científica debería nutrir a unos y a otros con conceptos, lo hemos visto, es que ella apenas sobrevive¹⁸.

Hemos dicho que sería reduccionismo ver este debate como una vulgar querrel entre personas, amigas en otra época y cuya la trayectoria de vida ha separado. El caso es más importante porque importa al futuro profesional de las nuevas generaciones de sociólogos y la posibilidad misma de pensar lo social. Lo que se juega, por el modelo neo-liberal que se interpone, es la vocación crítica de la disciplina. Si el bagaje conceptual clásico construido para estudiar la sociedad industrial moderna se adapta a la comprensión del sentido de lo social en las sociedades en desarrollo rápido, esto no significa la extinción de la dimensión intelectual de la sociología, dimensión que ha representado las ciencias sociales en América Latina. Pasada la tentación del poder, una vez que los enfoques económicos de la vida social habrán demostrado su ineficacia, los sociólogos deberán ponerse en la tarea. En Chile, ésta ya ha iniciado, pero los efectos de la crisis económica en Asia dejan al descubierto la vulnerabilidad del modelo neo-liberal.

No hay que olvidar que la filiación profesional es fuerte. Si se miran las formas de inserción de los sociólogos en el mercado de trabajo, es difícil hablar de crisis. Los sociólogos chilenos se encuentran en el corazón de los procesos de innovación social, ya sea en el Estado, en las organizaciones o en las empresas. Su contribución a la toma de decisiones parece ser reconocida. En efecto, pasado el boom de los economistas, verdaderos líderes del cambio social por lo alto, una nueva demanda aparece. Giddens la había anunciado: la sociología recuperaría su capacidad de intervención al calor y a la medida que el neoliberalismo desapareciera al mismo tiempo que el socialismo ortodoxo (Giddens, 1996). En Chile, este proceso se manifiesta bajo la forma de un malestar social y de una retractación de la clase política, proceso cuya complejidad no puede ser comprendido por los métodos convencionales de la ingeniería social. El déficit es grande porque, a falta de una actividad de investigación continuada, los espacios y las publicaciones favorecen una reflexión colectiva crítica y no es cierto que los sociólogos dispongan, en el momento actual, de herramientas intelectuales suficientemente poderosas para contrarrestar las interpretaciones tradicionales propuestas por los guardianes de la opinión pública (periodistas, partidos políticos, Iglesia). La suerte de la sociología chilena descansa en la capacidad de mantener vivas las tres vocaciones del sociólogo (investigador, intelectual, experto) cuya compatibilidad es preciso considerar.

Por lo pronto, la sociología chilena no parece interesarse por nuevos espacios de acción que resulten de la inserción de los actores en la globalización (Beck,

¹⁸ En efecto, si se consideran los ensayos críticos y los autores más leídos, se encuentra un sólo sociólogo (T. MOULIÁN). Los otros son dos filósofos (HOPENHAYN, GIANNINI), un biólogo (MATURANA) y un psiquiatra (DE LA PARRA).

1998; Touraine, 1999). Frente al vacío dejado por los intelectuales, cómo no estar de acuerdo con Brunner cuando ve a “los progresistas, melancólicos, cultivar el jardín de la memoria” y también con Moulián, cuando afirma que “no se puede captar el hilo de los tejidos sociales desde la perspectiva del individualismo atomístico”.

Los debates y los conflictos analizados, aunque muy personalizados, son positivos. Porque el riesgo de somnolencia era muy grande: quince años de crecimiento económico, trayectorias individuales de sociólogos con éxito, normalización cultural en el marco de una democracia protegida... Las discusiones entre sociólogos no hacen sino reflejar las incertidumbres de una sociedad que se resiste a aceptar el encuentro con otros mundos, otras posibilidades de existencia, y sobre todo abandonar una idea de la historia (Brünner, 1997). Según Vattimo, en la sociedad plural, donde la comunicación está generalizada, hay que vivir la libertad como una oscilación continua entre pertenencia y desorientación (Vattimo, 1992). Libertad difícil de asumir por estar cargada de incertidumbre. Por lo pronto, la oposición entre individualistas y críticos señala la resistencia a ver que las ciencias sociales construyan una realidad del mundo hecha de múltiples fábulas.

Referencias

- ARCHER, M.S., *Sociology for one World: Unity and Diversity, International Sociology*, nº.6, 1991.
- BRUNNER, JOSÉ J., *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*. FLACSO, Santiago, 1988.
- BRUNNER, JOSÉ J., El comienzo de otras narrativas. *La Época*, 9 Noviembre Santiago. 1997.
- BRUNNER, JOSÉ J., *Globalización cultural y postmodernidad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- COLODRO, MAX, ¿Crepúsculo de la sociología? *La Época*, 24 Aout Santiago, 1997.
- COLODRO, MAX, Sociología, el deber de la crítica. *La Época*, 15 Marzo, Santiago. 1998.
- COUSÑO, CARLOS; VALENZUELA, EDUARDO, *Politización y monetarización en América Latina*. Instituto de Sociología, Universidad Católica, 1994.
- DEUTSCHER, ISAAC, Sociological Practice: The Politics of Identities and Futures, *Sociological Research Online*. Vol. 3, nº1, 1998.
- DUBET, FRANCOIS, Du côté de l'action. *Sociologie du Travail*. nº 41, 1999.
- GARRETÓN, MANUEL A., La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural. CESOC-LOM, Santiago, 1994.
- GARRETÓN, MANUEL A., What Society? What Sociology? *Contemporary Sociology*. Septiembre 1997.

- GARRETÓN, MANUEL A., La triple problemática intelectual, científica y profesional en la sociología de hoy. Universidad de Chile, *Némesis*, n° 1, Santiago, 1998.
- GIDDENS, ANTHONY, *In defence of Sociology*. Cambridge, Polity Press, UK, 1996.
- Kokosalakis, Politics and Sociology in Greece 1950-98, *International Sociology*. Vol.13, n° 3, 1998.
- LEÓN, ARTURO ET MARTÍNEZ, JAVIER, *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX*. Ministerio Secretaría de la Presidencia, Santiago, 1998.
- MONTERO, CECILIA, *La renovación empresarial chilena*. Dolmen Ediciones, Santiago, 1997.
- MOULIÁN, TOMÁS, *Chile actual. Anatomía de un mito*. Lom Ediciones, Santiago, 1997.
- OSSANDON, CARLOS, *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*. Lom Ediciones, Santiago, 1998.
- PNUD, *Desarrollo humano en Chile - 1998. Las paradojas de la modernización*. PNUD, Santiago, 1998.
- ROBLES, FERNANDO, Agonía o renacimiento de la Sociología? *La Época*, 28 Septiembre, Santiago, 1997.
- SALAZAR, GABRIEL, Deber de la Sociología. *La Época*, 21 Diciembre, Santiago, 1997.
- SALAZAR, GABRIEL, ¿Crepúsculo de la Sociología o capitulación de sociólogos? *Sociedad Hoy*, n° 1, Santiago, 1998.
- SMART, B., Sociology, Globalisation and Postmodernity: comments on the Sociology for one World Thesis, *International Sociology*, vo. 1.9, n° 2, 1994.
- TAM, T., The Industrial Organization of Sociology, *Sociological Research Online*. Vol. 3, n° 1, 1998.
- TOFFLER, ALVIN, *The future shock*. Bantam Books, New York, 1969.
- TOURAINÉ, ALAIN, *La société postindustrielle*. Denoel, Paris, 1969.
- VATTIMO, G., *The Transparent Society*. UK, Polity Press, Cambridge, 1992.

Cecilia Montero Casassus

Socióloga chilena; Departamento de Políticas públicas.
INAP - Universidad de Chile.
montero@btr.net

Traducción del francés, Milcíades Vizcaíno G.
Sociólogo, profesor e investigador en la Universidad del Rosario (Bogotá, Colombia).